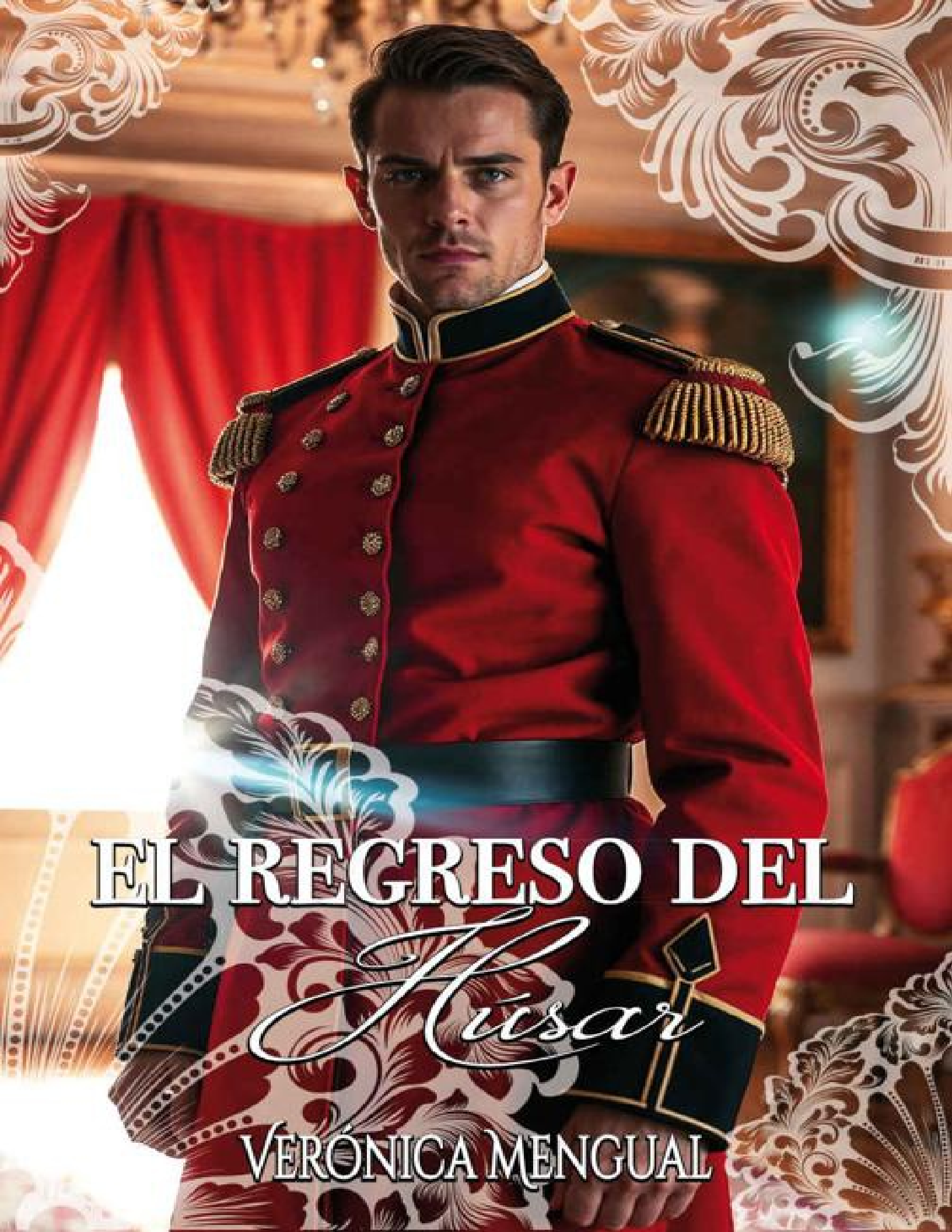

EL REGRESO DEL
Húsar
VERÓNICA MENGUAL

© VERÓNICA MENGUAL
El regreso del Húsar
Sello: Independently published

Primera edición, enero de 2025.
Impreso en España.
Edición: José Pedro Baeza Piera.
Corrección: Ainhoa González.
Inscrito en Safe Creative: 2501130629928.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

El regreso del húsar

Verónica Mengual

Los militares son mi pasión.
Es por lo que elegí a este personaje para
que contase su propia historia.
Se trata de una narración breve, una pincelada en especial paras las lectoras que todavía no conocen mi pluma, mi pasión por las letras, mi devoción por el Londres de las épocas pasadas, con esos grandes bailes, las bellas damas y los brutos caballeros que se ponen de rodillas cuando la ocasión lo merece.
Confío en que la disfrutéis.
Gracias por estar ahí siempre, mis preciosas LiVertinas.

Sinopsis

Sentirse abandonada no es un plato de buen gusto. Serlo, todavía menos.

Lady Nicola Coulter experimentó un amor inolvidable que se esfumó tan pronto como llegó. No ha podido olvidar a ese hombre duro, arrogante y enérgico que le prometió la luna, las estrellas y el sol, pero que no fue capaz ni de entregarle su corazón.

Era un militar entregado a sus obligaciones y cuando se marchó sin mirar atrás el mundo dejó de girar para la dama.

Lo malo de las historias pasadas es que siempre regresan para atormentar el alma de las mujeres que no pudieron ni quisieron superarlas en su debido momento.

¿Conseguirán lady Nicola y su húsar superar las obstáculos que los separan?

Descúbrelo en esta historia corta llena de amor, venganza, cierta intriga y muchísimo amor, que muestra una pincelada de la capacidad de Verónica Mengual para construir una narración llena de sentimientos y emoción en el Londres del siglo XIX.

Índice

Capítulo 1

Todo tiene un principio

Capítulo 2

La hora de la verdad

Capítulo 3

Las explicaciones oportunas

Capítulo 4

El secuestro de una dama

Capítulo 5

Una fuga tardía

Epílogo

Un dulce comienzo

Todos los libros de Verónica Mengual por orden

Sobre la autora

Capítulo 1

Todo tiene un principio

Londres, noviembre de 1854.

Lady Nicola Coulter bostezó discretamente mientras observaba la pista de baile. La pequeña temporada parecía no ser tan… minúscula ese año. La prueba de su pensamiento radicaba en que no eran pocos los invitados a la fiesta de una de sus mejores amigas, *lady* Mary Anne.

Observó a su querida Mary Anne hacerle una reverencia al compañero de baile cuando las notas musicales desaparecieron del ambiente. El caballero que la custodiaba, y que era muy apuesto, la estaba acompañando hasta su posición.

Nicola suspiró. Se sentía esa noche como una florero, una dama exhibida a quien nadie le hacía demasiado caso. No debería sentirse así. Su padre le había dado tres meses para lamerse las heridas después del gran fracaso. El conde de Ashbrook, que no tenía ni un ápice de bondad en su sangre noble, le había dicho que antes de Navidad tenía que estar comprometida si no quería terminar enclaustrada en una abadía de Escocia dedicando el resto de su vida al culto y la pobreza. Era la última preocupación de su progenitor, puesto que sus dos hermanas mayores ya

se habían casado, también el heredero al título. Todo apuntaba a que el conde quería olvidarse de sus obligaciones paternales de una vez por todas.

Escocia. Ella se moriría allí, lejos de la ciudad, del bullicio que la había mantenido ocupada. Su padre sabía bien que el mayor anhelo de una joven de diecinueve años, como Nicola, era casarse con un hombre bueno y formar una familia, y por eso aprovechaba los deseos de la muchacha para presionarla.

La pareja se colocó frente a ella. El apuesto bailarín le hizo una breve inclinación de cabeza a la hija de lord Ashbrook y se retiró con sutileza. Nicola se quedó a solas con Mary Anne.

—Tengo una sorpresa para ti, así que me gustaría que sonrieses y me dieses las gracias por adelantado por si después no tienes ocasión de hacerlo.

—Lo que acabas de decir hace que me estremezca, querida amiga, porque la última vez que sorprendiste a Susan —era otra de sus amigas— ella acabó con el vestido lleno de limonada.

—¡Pamplinas! Aquello no fue culpa mía —se excusó alegremente—. Lo que ocurrió fue que Susan siempre ha sido un poco… —se acercó a su oreja y musitó—: patosa.

—Le diste un grito estremecedor para anunciar que Jason Clean deseaba bailar con ella.

—¡Por supuesto que sí! Cuando él me confesó que ella le gustaba, me sentí pletórica y corrí a decírselo. Te aseguré que harían una excelente pareja. Y he de recordarte que se han casado. Así que obré mi magia.

—Cuando juegas a ser una casamentera, alguien sale…

—¡No lo digas! —la interrumpió—. Intuyo que señalarás algo descortés que no mereceré. Así que digamos que cuando hay un percance desafortunado entre una dama y un caballero, que yo suelo provocar sin querer, ambos acaban casados.

—Que te haya funcionado una única vez, no supone que sea un mandamiento divino —le indicó con media sonrisa.

—Tú eres mi próximo proyecto. Si acabas empapada en limonada como Susan, en el suelo, o con el dobladillo del vestido hecho trizas esta noche, recuerda que pronto estarás en una catedral de Londres recitando tus votos.

—¿Qué has hecho, Mary Anne? —inquirió en un tono de voz lleno de pánico, mientras la examinaba como si fuese culpable de un delito.

—¡Nada malo! —dijo enfurruñada su amiga—. No me mires de ese modo, porque cuando me topé, hace unos días, con él, supe que había sido el destino. ¡Lo tuve que invitar! —insistió, convencida de que esa noche ella llevaría a cabo un milagro prenavideño o algo así.

—¿De quién estás hablando? —Nicola se había perdido en la explicación, dado que no tenía la menor idea de lo que hablaba su querida amiga. Mary Anne solía ser así, un espíritu alegre que no medía las consecuencias de sus actos.

Su amiga se quitó de enfrente, se colocó a su lado, levantó el dedo y señaló el lugar al que Nicola debía mirar. Luego Mary Anne se fue tan pronto como había llegado. La hija del conde miró por inercia y cuando sus ojos de color miel se toparon con Conrad Lewis, quiso que el suelo bajo sus hermosos escarpines de seda azul claro, del mismo material que su vestido, se abriese y un gran agujero la engullera.

Ahí estaba. Su gran fracaso. La humillación hecha hombre

mirándola con descaro desde la parte izquierda de la entrada del salón principal.

No podía romper la conexión. Por más que quisiera que sus ojos se moviesen y buscasen a la hermana de su padre para pedirle que se marchasen de inmediato, no lo lograba. Ese era el efecto que él siempre tendría sobre ella. Hechizada. El aire le faltaba. Su respiración era entrecortada. Su corazón martilleaba con fuerza.

Reencontrarse con el capitán Lewis, el hombre que la abandonó hacía poco más de tres meses, en la víspera de su fuga secreta para irse a Gretna Green, no figuraba en sus planes. Que Dios se apiadase de ella, porque él estaba caminando hacia su dirección, con su característico rostro severo y serio, y si daba rienda suelta a lo que deseaba hacerle, los periódicos vespertinos del día siguiente se quedarían sin páginas para contarlo.

***

Posiblemente no hubiera sido buena idea colocarse un conjunto de piezas de ropa que evidenciaban que era un capitán de los Húsares de su majestad la reina Victoria, emperatriz de las Indias. La guerra de Crimea no era un motivo de orgullo. Ninguna debería serlo, porque solo se cosechaba muerte. Si sus superiores supieran de esos pensamientos le armarían un consejo de guerra. No importaba, tenía la suficiente experiencia para opinar sobre el asunto. Las guerras no traían nada bueno. Jamás.

Se repasó en el espejo. Su casaca azul oscuro con las hombreras doradas le quedaba especialmente bien. Tal vez no debería lucir su uniforme en un evento social, volvió a pensar, pues le parecía una

banalidad, pero deseaba mostrarle su mejor cara a ella. Entre otras cosas, no estaba seguro de su decisión porque Conrad iba a vender su comisión próximamente. La herencia inesperada recibida de un tío abuelo lejano le permitía hacerlo.

Estaba cansado de la guerra. Había llegado a Londres hacía unas pocas semanas y la fecha del 25 de octubre de 1854 no saldría de su cabeza. La batalla de Balaclava no sería olvidada mientras viviese. El modo en el que los altos mandos los enviaron allí tampoco se borraría de su mente, hacinados en barcos de vela, en vez de embarcarlos en modernos buques de vapor. Muchos hombres, también los caballos, habían perecido antes de llegar a tierra firme debido a las malas condiciones del transporte. La hazaña enfrentó a los rusos, por una parte, contra los aliados turcos, franceses y británicos, por la otra.

La lucha fue cruenta, pero el trayecto del viaje todavía más. Conrad fue parte de la Brigada Ligera, compuesta por cinco regimientos de los Dragones, los Lanceros y los Húsares, que quedó casi destruida en la refriega. Sirvió con honor, perdió a muchos amigos allí, pero él sobrevivió, no sin rasguños. Había recibido un tiro limpio en el brazo, poca cosa, pero hizo que lo mandasen de regreso a casa. La misiva de una herencia no tardó en llegar.

Todo eran buenas noticias, especialmente cuando se cruzó con una jovencita que él recordaba vagamente, que aseguraba ser amiga de Nicola, y que lo invitó a un baile.

Su dama tenía que calmar su maltrecho corazón, templar sus sueños oscuros, calmar su alma roída. Nicola. Ella y solo ella tenía la capacidad de socorrerlo como solía hacer.

Su suerte comenzaba a cambiar, porque llevaba dos semanas de ardua búsqueda y no había dado con su prometida.

Se había convertido en un hombre rico. La recompensa sería

poder ingresar en el despacho de lord Ashbrook con la cabeza alta para pedir la mano de su hija, y que este no se la negase como la primera vez.

Se alegraba de no haberse fugado con ella, todo era mejor así. Lo veía en esos momentos, aunque el disgusto le duró semanas. Le pidió que lo esperase y al fin podría hacer las cosas como una dama de alta cuna merecía.

Sacudió la cabeza, despidió a su ayuda de cámara, un hombre contratado del que no solía hacer mucho uso porque Conrad estaba más que acostumbrado a atender sus asuntos privados, y salió en dirección al baile.

Iba a reencontrarse con el objeto de sus sueños. Unos pocos minutos más y la vería. Casarse a los veinticinco años era algo maravilloso. Ella le haría olvidar toda la miseria que vio y vivió en el campo de batalla.

¿Qué no lograría hacer una bella y amorosa fémina por un hombre recién llegado de la guerra?

Capítulo 2

La hora de la verdad

—*Milady*, este es mi baile. —Una voz a su izquierda hizo que Nicola rompiese el hechizo.

El vizconde Rutland estaba solicitándole la danza que le pidió al inicio de la fiesta. Ella no se sintió jamás tan agradecida por el hecho de que un hombre la sacase a bailar.

Le hizo una reverencia cortés y se apresuró a marcharse con él hacia la pista central. El nudo en la garganta la tenía al borde del llanto. ¿Por qué aparecía de nuevo? ¿Qué mal le había hecho ella para que siguiese burlándose con crueldad? ¿Por qué tenía que estar todavía más apuesto que la última vez que lo vio?

Era del todo injusto que la devoción que le entregó no fuese recompensada más que con dolor. Lo había amado como nunca creyó que fuese capaz. Conrad —o Con, como lo solía llamar Nicola en la intimidad— era un déspota salvaje que le había dejado claro que la guerra era su mejor dedicación, pues si trataba a sus enemigos de igual modo que lo había hecho con ella, seguro que saldría indemne de todas las encrucijadas.

Un *reel* comenzó a sonar y ella se obligó a mantenerse impasible. Sentía la mirada de Con sobre su persona. Trataba de ofrecer alguna sonrisa amable a su pareja de baile. No conseguía concentrarse.

Los besos, las caricias prohibidas que compartieron durante el cortejo le venían a la mente. Las palabras de amor. Todo mentiras. Todo infamias dichas por un capitán cruel que le destrozó el corazón de la forma más vil y rastrera. Sí. La había dejado intacta, seguía pura, pero no inocente. Conrad le arrebató la inocencia y la hizo suspirar y temblar de pasión. No tenía derecho a haberlo hecho. Esas cuestiones estaban destinadas a su esposo, pero ella, débil, ansiosa por corresponder a su amor, se había dejado llevar por los engaños de un falso.

Su corazón estaba tan roto que nadie sería capaz de recomponer los añicos. Su desconfianza era tal, que jamás podría creer las palabras de otro hombre. Conrad Lewis la había arruinado para el resto, mientras que Nicola sospechaba que ella solo sería un recuerdo con el que reírse con sus amigos. ¡Buen Dios! Él podría arrastrar por el fango su reputación en un pestañeo.

El corazón volvió a bombear con fuerza, el pánico comenzó a hacer que su frente se perlase con un sudor frío. No podía respirar. No se lo pensó dos veces, cuando en la siguiente vuelta lord Rutland la soltó, y viendo que las puertas francesas estaban a su alcance, salió corriendo en dirección a la terraza.

Cuando el vizconde se giró para buscarla, no supo dónde se había metido ella. Se quedó varado en el salón y discretamente se movió hacia otro lado. ¿Dónde estaba la hija de Ashbrook?

***

Conrad se alistó en el ejército porque era un hombre duro capaz de soportar lo que allí habría. Su padre se había asegurado de que fuese así. Con cinco años le había colocado una pistola en la mano y enseñado a disparar. El anterior señor Lewis también fue militar, así que la dedicación estaba en sus venas.

No había nada dulce o delicado en él. Pero cuando la conoció… Cuando la vio en aquella fiesta rural donde Nicola fue una invitada más… Su sonrisa melosa, su actitud dulce y sosegada, lo atrajeron como una polilla a la luz. La dama tenía todo lo que él no era. Su corazón, uno que no sabía que podía latir y retorcerse de anticipación, le gritó lo que deseaba, lo que tenía que conseguir. Ella iba a ser suya, costase lo que costase. Las hijas de los condes no se casaban por debajo de su posición, y por eso la sedujo con un beso que también fue su propia maldición. Estaban conectados. Cuando sus bocas se encontraron, el húsar se dio cuenta de que no habría otra.

Un hombre como él sabía lo que deseaba en cuanto lo veía. Ella no tenía escapatoria. En el momento en el que posó sus ojos sobre él, se sonrojó cohibida y luego le sonrió. Nicola sentenció su destino.

Y, sin embargo, se le había escurrido entre los dedos más veces de las que estaba dispuesto a admitir. Si su padre se enterase del fracaso lo haría azotar.

La estaba contemplando bailar con otro hombre y los celos se lo llevaban a los infiernos. Hizo acopio de toda su determinación para no ir a buscarla, darle un puñetazo al otro mequetrefe y secuestrarla.

Seguía tan hermosa como la recordaba. Tal vez no fuese una belleza sin parangón, pero para él era más tentadora que Afrodita misma. Su cabellera rubia se veía preciosa, se moría por volver a verla suelta, cayéndole en cascada por la espalda. Suspiraba por poder tocarla de nuevo con sus dedos callosos y sentir la suavidad de su precioso pelo.

Vio a su pareja de baile mirar hacia abajo para observar con atención el nacimiento de sus pechos y… apretó los dientes. Ella le volvió a sonreír al bobo. Controlarse nunca fue una de sus virtudes. Por eso le fue tan bien en el ejército. Buscó un poco de serenidad para no armar un escándalo en un acto civilizado como lo era en el que se encontraba.

¡Nicola era suya! ¿Por qué estaba actuando de ese modo? ¿Por qué lo negaba? ¿Tanto se habría equivocado con ella cuando decidió que era leal, y que sería la mejor esposa que podría encontrar?

Las aletas de su nariz se ampliaron al respirar profundamente y trató de calmarse. Entonces la vio salir a toda prisa hacia la oscuridad de la noche y dejar atrás a ese mentecato que había logrado salvar la vida de puro milagro. El alfeñique jamás sabría que el abandono de Nicola era la causa por la que seguiría respirando.

Ella estaba sola. Esa era la ocasión propicia para pedirle cuentas a la hija del conde. Una mujer que habló sobre amor, que hizo que un hombre rígido que no creía más que en sí mismo, confiase en otra persona… Nicola no podía mostrarse tan mezquina como lo estaba haciendo.

En dos zancadas llegó hasta la terraza, la divisó apoyada en la balaustrada de las escaleras, la tomó por la muñeca y se la llevó hasta otro punto más oscuro sin decir una palabra, sin pedir permiso.

Ella no lo veía con exactitud, pero recordaba bien sus ojos oscuros, su pelo cobrizo, ese cuerpo alto, delgado pero atlético, al que iba siguiendo. Se estremeció con los recuerdos.

Y mientras Conrad la llevaba por el camino principal del enorme jardín de los anfitriones, ella se descubrió perdida. No tenía la fuerza necesaria para enfrentarse a él. El amor que le profesaba, la mínima esperanza que no debía habitar en su roto corazón, le impedía rebelarse. Sus hermanas tenían razón. Ella resultaba demasiado dulce y blanda para

todo tipo de cuestiones. Se enfadó con ese último pensamiento, y el resultado fue que se desembarazó de su agarre con un movimiento seco.

El militar no había previsto una reacción así. Se giró para verla, puesto que él estaba abriendo el camino, la tomó por los hombros y la obligó a cobijarse en su compañía en un rincón donde estarían a salvo de las miradas indiscretas. Los dos se quedaron examinándose el uno al otro. Nicola trataría de ser fuerte, de mostrar su carácter frente al tirano.

—Tu prometido regresa, sorpresivamente vivo del conflicto, y lo que encuentra es que su futura esposa ha desaparecido de la faz de la Tierra. Cuando doy contigo, en un animado baile, portando las galas más lujosas, debo quedarme en un rincón mientras te observo bailar y sonreírle a otro hombre que no merece tales muestras. ¿Qué tienes que decir en tu defensa, Nicola?

Buscó una fortaleza que no creía tener, levantó la nariz de modo altivo, un gesto con el que él se quedó atónito porque jamás se lo había visto, y se dispuso a hablar:

—No tienes derecho a pedir explicaciones. Dejaste muy claras tus intenciones tres meses atrás.

La respuesta de él fue zarandearla por los hombros con firmeza, pero sabiendo que no le haría daño.

—Nicola, abandona esa actitud. Te lo ordeno.

La vio fruncir los labios.

—¿Qué derecho tendrás tú a ordenarme algo, cuando no eres ni mi padre, ni mi hermano, ni mi esposo? —razonó, sin alzar la voz, pero sin abandonar su actitud defensiva.

—¿Por qué siento que he vuelto a casa y que tengo ante mí otra batalla todavía peor a la que sobreviví? Es injusto que un hombre que ha cumplido con lo que se le exigía, regrese y no reciba más que amonestaciones. No soy yo quien en el último momento se arrepintió de su decisión. —Al reproche podían jugar ambos—. Tienes suerte de que todavía te considere mi prometida. Así que en esa condición te demando que me expliques el motivo de tu desdén.

—Solo me arrepiento de haber confiado en un hombre del que todos me decían que debía cuidarme. Mi familia me lo avisó y yo, tonta e ingenua, caí en tus garras.

Él abrió los ojos de par en par ante sus palabras. El hecho de que el conde, su heredero y las hermanas de Nicola no lo aprobaban, no suponía una gran revelación, pero sí lo que ella acababa de decir sobre su arrepentimiento.

—¿De qué estás hablando? Conocías mi carácter. Sabías perfectamente quién era yo, pues te avisé de que la dureza era mi mejor rasgo. Conseguiste que pusiera tus deseos por delante de los míos. Te juré amor, sin saber si lograrías despertarlo en mí, te prometí lealtad y tú me premiaste con lo mismo. Bien. Lejos de ti, descubrí que lo único que me impulsaba a seguir adelante era la promesa de una vida con una mujer buena. No veo a esa dama ante mí, Nicola. ¿Qué te ha pasado para que te muestres tan fría, altanera y despreocupada ante el hombre que te hacía suspirar? —le preguntó con seriedad, tratando de mantener su temperamento bajo control.

Él en ningún momento la había soltado. Continuaba sosteniéndola por los hombros.

—Me abandonaste, señor Lewis. Y por algún motivo oculto que no logro ver, te presentas ante mí para exigir respuestas, cuando soy yo la que debería hacer las preguntas.

—No me trates con formalidad, Nicola. —No le gustó en absoluto que lo llamase por su apellido—. Harás que pegue mis labios a los tuyos y te recuerde el modo en el que pronunciabas, llena de delirio, mi nombre, mi apelativo.

—No. —Ella negó con la cabeza—. No volveré a caer en tu seducción.

Lo observó componer media sonrisa. Tragó saliva. Conocía esa expresión de Conrad Lewis y no presagiaba nada bueno. Trató de escapar de su agarre. Él no se lo permitió. Lo siguiente que ocurrió fue que la boca del hombre que la dejó atrás estaba sobre la suya. Conocía bien su tacto, su temperatura, el modo en el que su lengua se paseaba sobre sus labios para pedir permiso a fin de degustar su sabor. Quería mantenerse firme. No deseaba sucumbir de nuevo a sus juegos, a sus mentiras…

—Ábrete para mí, Nicola —susurró el capitán.

Y lo hizo. Su voz era como un canto de esas sirenas que llamaban a los marineros para que sus barcos chocasen contra las rocas y acabasen ahogados. Conrad Lewis sería durante el resto de su vida su talón de Aquiles, una espina clavada en su costado. Lo cual resultaba peor, pues dado el carácter orgulloso de él, Nicola se percibió todavía más abrumada cuando lo sintió sonreír sabiendo que lo había dejado salirse con la suya.

Gimió en cuanto su beso se profundizó y demandó más de lo que ella estaba dispuesta a darle, pero que le entregó libremente. Eso era el amor. Desfallecer. Abandonarse. Que el buen juicio desapareciera para dar paso a la necesidad, a la complicidad entre un hombre y una mujer que se urgían. Conrad era su debilidad.

Tan enfadado como estaba con ella, y Conrad no veía más allá de desear besarla, lamer su cuello, ver si seguía provocando las

mismas reacciones en su dama que meses atrás. Con ese pensamiento comenzó a levantarle la falda. Su cancán era voluminoso, pero él vencería a todos los demonios del infierno para lograr el premio que merecía. La escuchó jadear cuando sus labios se colocaron en su oreja para besar esa parte sensible que tanto le gustaba.

La mano masculina dejó atrás la abertura de sus enaguas y Conrad rugió como un león famélico cuando la encontró mojada. Lista para él. Era un canalla. Sí, pero todavía tenía conciencia, pues no la había hecho suya del modo en el que un varón reclamaba a su hembra. Pronto. Muy pronto lo llevaría a cabo.

El húsar se obligó a soltar su pesada falda para no sentirse más tentado de lo que ya estaba. Los pantalones le oprimían sus partes íntimas de un modo tan agonizante, que tenía que frenar lo que había comenzado. Nicola tenía mucho que explicarle, e incluso tan enfadado como estaba, no la poseería en medio de un jardín oscuro. Ella no lo merecía. Él no le haría pagar las afrentas de ese modo. Cuando la convirtiese en su esposa la tomaría en su lecho, mientras le hacía el amor para demostrarle a quién pertenecía. Él sería el único hombre en adorarla y venerar su cuerpo desnudo y tembloroso.

Con un esfuerzo sobrehumano se separó de ella y la sujetó por la cintura para darle apoyo y que no se cayese. Nicola se adormilaba cuando él la besaba, cuando le acariciaba su rico nido de rizos, cuando lamía sus pechos sintiéndose un niño que necesitaba sustento para seguir viviendo. Su futura esposa era un precioso regalo destinado a desenvolver por completo cuando se casase con ella. Se juró que así sería, y por Dios, que lo cumpliría. Llevaba diez meses esperando, desde que se conocieron, aguardando paciente.

Conrad sintió una humedad en su rostro y llevó una mano para ver qué sucedía. ¡Lágrimas! No eran suyas. Él no sabía lo que era el llanto, sus ojos jamás lagrimeaban. Eso era para los hombres débiles, su padre siempre lo afirmaba.

Colocó ambas manos sobre el cuello de ella y pasó sus pulgares sobre el rostro femenino. Nicola figuraba con los ojos cerrados y estaba llorando.

—Dime que son lágrimas de felicidad —le pidió, con ese tono característico tan serio que él empleaba habitualmente.

Ella despegó los párpados.

—¿Cómo hacerlo, si sé que esta vez acabaré peor que la anterior? —preguntó con humildad.

—No podía escapar de mis obligaciones, querida mía. A mí me costó más de lo que crees partir. En especial porque tu carta me dejó abatido. Estuve enfadado, Nicola, durante mucho tiempo, lo confieso. Pero he regresado y veo que fue bueno haber esperado para casarnos. Soy un hombre rico y te daré la vida que mereces, aunque no pueda aportar un título a nuestro matrimonio. —Confiaba en que el conde de Ashbrook se conformase con su riqueza.

—¿Qué carta? —trató de averiguar la dama.

—La que me hubiese roto el corazón, si no hubiera sido capaz de controlar mis emociones. Por una vez, me alegré de ser tan duro —le indicó con la cabeza bien alta.

—¿Y qué hay de mi corazón? Yo no tengo tu coraza.

—Y por eso supe que me darías lo que a mí me falta en cuanto te vi —la interrumpió.

—Pero no tuviste escrúpulos cuando desapareciste y me dejaste atrás.

—Ya te lo he dicho. El ejército me reclamó y tuve que ir. Voy a vender mi comisión y podremos empezar donde lo dejamos.

—Soy débil en todo a lo que a ti se refiere. Ya lo has visto. Un beso y me derrito en tus brazos, pero no. Esta vez no, señor Lewis.

Él se irguió. Algo no iba bien.

—¿Qué estás diciendo, Nicola?

—¿Crees que te perdonaré tan fácilmente, cuando me dejaste plantada y lista para ir a Gretna Green, con el equipaje en una mano?

Lo vio tomar aire. Las aletas de su nariz se ensancharon. Ella conocía ese gesto también. Lo hacía cuando algo, alguien en esta ocasión, lo perturbaba.

—Tú me aseguraste que no ansiabas eso y me replegué a tus deseos. Te lo he dicho.

—¿Cuándo hice algo como lo que dices? —Ella no entendía nada.

—Recibí tu carta. Tu negativa. Te respondí, sintiéndome insultado y descorazonado, me tragué mi orgullo, que sabes que no es poco, y te pedí que me esperases.

—¡Mientes! —le gritó hecha un manojo de nervios, antes de desembarazarse de su agarre y salir corriendo de regreso a la seguridad del edificio donde se llevaba a cabo la fiesta.

Conrad se quedó perplejo. ¿Quién era esa mujer que acababa de ofenderlo? Porque la Nicola que él conocía no habría dudado

de su palabra ni un ápice. ¿Qué estaba pasando?

La dejó marcharse.

—Puedes correr, querida mía, pero nunca escapar —musitó, en medio de la oscuridad.

Capítulo 3

Las explicaciones oportunas

Su tía Rosaline se la había llevado de la fiesta en cuanto vio el estado que presentaba. No le costó demasiado adivinar el motivo cuando los ojos de la mujer mayor se toparon con Conrad para verlo situado en la puerta que daba acceso a los jardines.

Durante todo el trayecto hasta casa de su padre, había escuchado mil y una reprobaciones sobre su comportamiento. Y no se sorprendió al saber que la hermana de su padre, Rosaline, estaba al corriente de que hubo, no hacía mucho, un hombre incalificable del que muchos tenían que defenderla. Por descontado no paró de anunciar que el infierno caería sobre todos, en especial sobre ella por dejarse llevar por la lujuria y la depravación. Recibió además un par de insultos de lo más creativos y ofensivos en los que Nicola no deseaba detenerse a pensar.

¿Qué carta? Ella no le había escrito ninguna misiva. Tampoco recibió nada de él. Había un asunto extraño que se le escapaba y tenía la sospecha de que su padre podría estar implicado.

Lo había acusado, sin remordimientos, de mentiroso, porque no concebía darle veracidad a sus explicaciones. No obstante, a medida que su tía hablaba, maldecía, criticaba y la sentenciaba al fuego eterno…

Cuando el carruaje se detuvo en la entrada de la casa del conde de Ashbrook, no esperó ayuda para descender. La tela de la vaporosa falda crujió cuando empezó a correr.

—¡Padre, padre! —Entró en el lugar dando gritos. El asunto que tenía que tratar era demasiado importante como para andarse con remilgos.

Ashbrook salió de su despacho ante el revuelo, acompañado de su hijo y otros tres hombres que ella no conocía. ¿Qué tipo de reunión estaban teniendo a esas horas? ¿Sería una partida de cartas? ¿Una reunión entre amigos? No importaba. La joven tenía cosas más importantes que averiguar.

—¿Qué es este alboroto? —preguntó el conde, quien se paró ante ella.

—¡Es una casquivana! Una mujer inmoral que ha traído la vergüenza a nuestra puerta. ¡Su alma debe ser purgada! —La hermana de su padre accedió a la entrada gritando con histerismo.

Nicola rodó los ojos. Lo que menos le preocupaba a ella eran los asuntos sobre su virtud, reputación o moralidad. Él estaba de regreso y le había dicho unas cosas que era crucial desentrañar.

—¿Qué diantres ha pasado? —Tomó la palabra su hermano James.

—Conrad Lewis ha regresado y afirma que recibió una carta mía que estoy segura de que no escribí, dado el contenido que me ha revelado —dijo Nicola, en una actitud rebelde que tanto su padre como su hermano no habían visto antes.

Observó a lord Ashbrook compartir una mirada cómplice con su hijo.

—Señores, tendrán que disculparnos, seguiremos con nuestros asuntos en otro momento. Les pido disculpas, pero ya ven que hay una situación… difícil, que necesita atención. —Su hermano procedió a invitar al resto de los caballeros a marcharse.

Se dio cuenta de que ellos habían escuchado perfectamente las acusaciones de su tía, pues al salir del edificio, cuando pasaron por su lado, la mayor parte la contempló de modo lascivo, como si fuese mercancía dañada a la que podrían echarle mano más pronto que tarde.

¡Al garete con su reputación! Hasta ese momento no había sido nunca tan evidente la religiosidad de Rosaline.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el conde a su tía, en cuanto la puerta se cerró—. Te la confié y aseguraste que la casarías en un periquete, antes de que él regresase.

—¿Cómo voy a entregarle una mujer corrompida a un buen hombre que nos acusará de engaño y revolcará por el fango nuestra reputación cuando descubra su impureza? —razonó con rabia Rosaline.

—¿Qué has hecho, Nicola? —Su padre la tomó por el brazo y se lo retorció hasta el punto del dolor. Ella acabó colocada en una posición precaria, figuraba una cabeza más baja que su progenitor y pese a ello lo miraba desafiante.

—Reencontrarme con el hombre al que amo —dijo, tratando de mantener las lágrimas a raya, debido a la fuerte presión del conde.

Su padre la soltó al punto.

—¡Descarada! No te valió con que te salvásemos la primera vez. No. Eres una hija desagradecida. Yo lo sabía. Siempre lo supe. Debajo de esa fachada de dulzura habita una hija de Satanás. ¡Eres como tu madre! —la acusó, con la boca llena de espuma.

Ella no debería sorprenderse. La condesa había muerto durante una fuga con su amante, donde su padre y su hermano la persiguieron. Hicieron chocar el vehículo en el que ambos viajaban. No había sabido la verdad hasta que escuchó una conversación que no debió presenciar. Nicola estaba cada vez más convencida de que su familia estaba detrás de su desdicha, del abandono que sintió por su apuesto capitán.

—¡En un jardín oscuro! —continuó hablando la hermana de su padre—. Dios sabe lo que le ha consentido.

—No es nada malo hablar con la persona amada a fin de que los secretos queden al descubierto. ¿Quién fue, padre? ¿Quién engañó a Conrad simulando ser yo? —lo azuzó. El rompecabezas estaba casi completándose bajo sus ojos.

Ingenua. No debió hacer recaer la culpa de su desdicha en él. No. Conrad no habría podido dejarla atrás con facilidad. Era un hombre duro, incluso lo acusaban de ser insensible. Ella había llegado hasta él, lo conocía. Sabía de lo que era capaz, y lo más importante: de lo que jamás haría.

Fue tan fácil creer que la abandonó. Su padre, su hermano, incluso sus adoradas hermanas susurraron aquí y allí, envenenando su mente, debilitando su confianza en él, minando su fe en él.

¡Cómo pudo ser tan tonta! ¿Cómo no lo vio antes? Y él, pese a creer que ella le había dado la espalda, se había colocado ante ella para exigirle respuestas. Nicola recompensó su valiente determinación acusándolo de falso. No lo merecía. No merecía al hombre del que se había enamorado. Al que había tratado de olvidar con todas sus fuerzas.

Su padre le levantó la mano y ella cerró los ojos por instinto.

—Debería matarte por el pecado que has dejado caer sobre

esta familia.

—¿Qué hay de malo en renunciar a todo por amor? —preguntó la muchacha, con humildad, con los ojos abiertos ya.

Lo siguiente que llegó fue una bofetada que la dejó tendida sobre el suelo. La mirada de la joven se movió por la estancia. No había sido su padre. Su hermano la observaba con rabia mientras todavía sostenía la mano en alto.

Nicola se tocó la mejilla izquierda. La sentía magullada y el golpe hacía que la carne le palpitase bajo la palma.

—¿Por qué debería conformarme con un matrimonio como el tuyo? En el que tu amante te quita el dinero y tu esposa se queda encerrada en el campo para criar a tus vástagos… ¿Sin amor de una, sin cariño de la otra?

Su hermano volvió a alzar la mano con el fin de volver a ponerla en su lugar. Su padre intercedió y le sujetó el brazo.

—Ya basta —le ordenó a James. Ashbrook llevó su mirada hasta Rosaline y le dijo—: Llévala a su habitación. Sabes lo que hay que hacer —le reveló enigmático.

Su tía se agachó y la cogió por la muñeca. La obligó a ponerse en pie y la miró con el rostro serio, lleno de repugnancia.

—No des más problemas, jovencita. Ya has hecho suficiente por una noche.

Tragándose las lágrimas y el dolor que sentía, no solo el físico, sino también el de la traición de su familia, se dejó llevar por una mujer a la que se acababa de dar cuenta que aborrecía.

Cuando estuvo frente a la entrada de sus aposentos, su tía abrió la puerta, le dio un empujón y luego cerró tras de sí. Nicola escuchó pasar la llave un segundo más tarde. Su reacción fue lanzarse hacia la madera maciza y comenzar a aporrearla.

—¡No, no! No me dejéis aquí. No he hecho nada malo, lo juro. Por favor, por favor… —repitió una y otra vez, sabiendo que sus súplicas no serían atendidas.

¿Así premiaba su familia sus sacrificios? Había sido más la sierva de sus hermanas y de James que otra hija del conde. Su carácter dócil y amable había sido siempre su perdición. Lo consideró así cuando creyó que Con la había traicionado. Y en esos momentos en los que adivinaba que no era nada para su familia, cuando al fin había sido valiente para hablar y opinar sobre asuntos delicados como el matrimonio de James, se dio cuenta de que no volvería a ser una abnegada hija nunca más.

Así que solo quedaba ver cómo lograría escapar de su jaula dorada para volar libre junto a Conrad Lewis.

¿Cómo pudo haber estado tan ciega?, se recriminó a sí misma mientras estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta.

***

Conrad se levantó esa mañana más animado que nunca. Le había dado a Nicola el tiempo suficiente para que digiriera toda la situación.

Se había colocado uno de sus trajes recién confeccionados. Tener fortuna implicaba poder ir a la moda y sentirse igual a un conde. Al menos en lo que a aspecto se refería. Si Con era un hombre duro, a veces frío, su oponente, el padre de su prometida, lo era todavía mucho más. Y el que peor le caía era el hermano.

El capitán terminó de colocarse los guantes, su lacayo le pasó el sombrero, que fue puesto de inmediato, y a continuación agarró el bastón. Tenía una cita importante a la que acudir.

Así que minutos más tarde, Conrad Lewis estaba entrando por la puerta de la casa de lord Ashbrook decidido a cumplir su voluntad.

Se aventuró a acceder al despacho del conde, sintiendo que se adentraba en la corte de justicia. El padre de Nicola se asemejaba a un juez, sin peluca, mientras que el hermano que estaba a su lado, de pie, parecía el verdugo. A James Coulter solo le faltaba la hoz para decapitarlo.

—Le dijimos en su momento que no era bien recibido, Lewis —habló Ashbrook.

Se tragó una maldición. No «señor Lewis» o en su defecto «capitán Lewis». Solo su apellido sin una sola muestra de cortesía.

—Lo recuerdo bien. —Su primera entrevista fue un desastre, lo echaron a patadas de allí—. Sin embargo, mis circunstancias han cambiado, milord.

Observó que James refunfuñaba, pero su padre había compuesto una expresión de sorpresa en su rostro. Esperaba que eso fuese bueno.

—¿A qué cambios se refiere? —siguió hablando el patriarca.

—Soy un hombre rico, lord Ashbrook. Ahora sí puedo garantizarle la estabilidad de su hija menor. Nicola dispondrá de mi casa en Londres, una nueva propiedad que he comprado hace relativamente poco, y de una finca campestre al norte de la ciudad.

—¿Se trata de una herencia? —indagó de nuevo el conde.

—Así es. Un familiar del que no tenía conocimiento y que ha sido más que generoso al recordarme en sus últimas voluntades.

—¿Y un título? —intervino el hermano de su dama.

—El legado no incluía tal cosa —sentenció seriamente el capitán.

—Entonces puede largarse por donde ha venido —razonó el heredero de Ashbrook—. Esta es una familia respetable a la que usted ha contaminado por el simple hecho de poner sus ojos sobre mi hermana. *Lady* Nicola está, estará siempre —precisó—, muy por encima de sus posibilidades. Y cuando salga por la puerta, agradezca a su pariente fallecido no haberle otorgado un título, puesto que se vería obligado a aceptar el desafío que le lanzaría por haber arruinado de modo irreparable la reputación de una dama.

Con se obligó a tener su temperamento bien controlado. No sabía qué ofensa le dolía más. Miró a James, que era el que acababa de soltar esa retahíla hasta casi quedarse sin respiración, levantó el rostro desde su posición, pues él todavía estaba en pie, ya que no lo habían invitado a tomar asiento, alzó una ceja y dijo:

—El que debería estar agradecido es usted. Dado que parece olvidar cuál ha sido mi ocupación en los últimos tiempos, se lo recordaré: soy un húsar al servicio de su majestad la reina. Tal vez debí ponerme mi uniforme para venir. He matado a cientos en el campo de batalla, ¿cree que ha sido pura suerte, señor Coulter? Ya ve, no tiene tampoco un trato

tan diferente del mío. ¿Qué título ostenta usted, más que ser el honorable James Coulter? No dispone de uno de cortesía con peso, así que hasta que su padre deje el mundo de los vivos, lo consideraré mi igual. Por lo que le pregunto sin ambages si desea que nos saltemos las normas y pongamos a prueba su destreza con las pistolas. Llegado el caso, no me sentiré mal cuando acabe con la vida del hermano de la mujer a la que convertiré en la señora de Conrad Lewis.

Con vio a los dos hombres ponerse rojos de furia. No le importó. demasiado se había contenido.

Lord Ashbrook se incorporó con violencia y la silla cayó a su espalda.

—¿Se atreve a venir a mi casa para amenazar a mi hijo, desear mi muerte… todo ello tras corromper la virtud de una dulce muchacha a la que ha seducido siendo el canalla que es?

—Si osa hablar una sola palabra en contra de *lady* Nicola, poco me importará que sea usted su padre o un conde. Así que tenga cuidado con las próximas palabras que salgan de su boca. —A él podía insultarlo cuanto quisiera. A Nicola, no.

—¡Es usted un libertino despreciable! La escoria de los militares —siguió calumniándolo lord Ashbrook—. Maldigo el día en el que el Altísimo lo puso en el camino de mi pequeña.

—No llegaremos a entendernos sobre esos puntos, milord. Así que se lo expondré claramente para que usted y su hijo lo comprendan: no volveré a pedir la mano de su hija, pues ahora soy consciente de que jamás se me concederá. Incluso si llegase siendo el mismo hijo de la reina. ¡Tengan buenos días!

Asintió con la cabeza en un movimiento breve a modo de despedida, mientras apretaba con fuerza sus puños, tratando de no

enzarzarse en una pelea con ambos. No quería acabar en la horca por matarlos. Después se dio media vuelta y se marchó de allí.

Su primer plan había fracasado. Era momento de llevar a cabo el segundo y, en esta ocasión, Nicola no se desharía de él tan fácilmente como lo hizo meses atrás, puesto que en esos instantes el servicio militar no lo llamaría a filas y tenía todo el tiempo del mundo para cumplir su cometido.

Gretna Green sería el destino de ambos. Lo debió haber sido la vez anterior. Su padre no tenía nada que hacer. Se casarían sin su permiso. Lo malo de toda su determinación era que Conrad tenía que averiguar cómo un capitán le robaría a un conde una hija.

Tarea difícil… pero no para un hombre como él.

Capítulo 4

El secuestro de una dama

—Con… Conrad…, por Dios, ven. Con, ¿dón…de estás? —murmuraba en sueños Nicola.

No podía levantarse de la cama. Sus extremidades le pesaban. Era extraño. Su tía le daba té. Ella no quería beber más y la obligaba. Tumbada en la cama como estaba solo pretendía levantarse y huir de su cárcel. No tenía fuerzas para hacerlo.

Algo le sucedía. Escuchaba voces a su alrededor y deseaba prestar atención, pedir auxilio. Nadie le hacía caso, la ignoraban.

Se pasaba los días más dormida que despierta. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquella noche del baile? ¿Por qué no había sabido nada de Con? ¿Qué ocurría para que su padre, su hermano y su tía se hubiesen congregado en su habitación, junto a su cama?

—¿Por qué tiene tan mala cara? —preguntó su hermano.

—Ese es el rostro de las mujeres ligeras de moral —sentenció su tía Rosaline con rectitud.

—Es el láudano —aseveró el padre de los hermanos—. Vigila la dosis, hermana, no quiero perder a mi hija. Pese a sus actos deleznables, sigue siendo mi responsabilidad.

—Tuvo que haber pedido más dinero, padre —habló James de nuevo.

—Cien libras por una descarriada es un precio más que razonable —sentenció el conde.

Ashbrook no había querido creer que su hija fuese tan estúpida. Él había criado a todos sus hijos con la misma honradez y disciplina. Nicola era demasiado parecida a su madre. No tuvo que haberle dado una segunda oportunidad cuando aquel despreciable oficial militar se presentó para proclamar sus intenciones. No. Tuvo que haberla repudiado de inmediato. O por lo menos haberla enviado a un convento al norte. Ya no podía hacer eso, las hermanas seguramente no darían cobijo a una mujer que pudiese estar encinta. Los honorarios para hacerla ingresar se triplicarían en cuanto su hija menor mostrase su vientre abultado.

Ella había echado por tierra el honor de la familia sin miramientos.

—Sigo pensando que el señor Ramsey hubiera pagado como mínimo el doble por ella. —James lo tenía claro. Las arcas de la familia estaban peligrosamente vacías y la venta que había orquestado su padre les daría cierto margen. Su hermana había interrumpido una partida de cartas hacía un par de noches donde su padre y él hubieran logrado estafar a los bribones a los que invitaron. Como siempre, la cándida Nicola lo había estropeado todo. Mentira. Ella no era ni buena ni amorosa, solo una falda ligera que había sucumbido en las fauces de la lujuria. Su hermana merecía lo que su padre había decretado por traicionarlos a todos.

—Le prometimos su virginidad. ¿Qué crees que hará cuando descubra que el regalo fue desenvuelto ya?

—Entonces, pudiste habérsela vendido a quien la despojó de su virtud. Ese maldito sí hubiera pagado la fortuna de un rey.

—¿Y dejar que se saliese con la suya? —replicó su padre—. ¡Jamás! Es escoria putrefacta. Le juré que no la tendría y así será.

—Pero él tiene dinero y…

—El honor no se compra —lo cortó el conde—. Tu hermana tiene suerte de que no la cediese a un burdel. Cuando se convierta en la esposa del señor Ramsey, me dará las gracias. Es un respetado comerciante. —Evitó decir que además del dinero pactado consiguió otra cosa, pues el conde mantenía una deuda de juego con el hombre nombrado que había sido perdonada. Un trato redondo.

Las hermanas de Nicola habían sido más inteligentes que ella. Se habían casado con buenos partidos, un barón, un vizconde… Incluso su hijo había hecho un excelente matrimonio con una rica heredera que cubrió las deudas del título y de sus propiedades durante un tiempo.

El resto de sus vástagos le habían hecho caso en sus orientaciones sobre casarse bien y rápido. Nicola fue la única que osó desafiarlo porque era igual que su maldita madre, ¡que Lucifer la tuviese sufriendo entre las llamas del infierno!

—Con…, ven a mí…, ayúdame… —La escucharon en tono bajo, antes de que perdiese de nuevo la consciencia.

—Nadie puede ayudarte. Tú sola te condenaste cuando no respetaste los deseos de tus parientes que miraban por tu bien —alegó Rosaline con enfado.

***

—¿Estás seguro de que la dama está ahí dentro, Con? —le preguntó el teniente Armand Ross.

—He vigilado la casa desde hace dos días. Ella no ha salido.

Su plan para secuestrar a la dama no estaba marchando como previó. Pensaba asaltarla en uno de sus paseos por Hyde Park o durante una salida a tomar un helado en Gunter's… Al menos era eso lo que las jóvenes damas solían hacer. Pero su prometida —oh, sí, Nicola era su prometida quisiera ella o no, lo desease su padre y su hermano o no—, no había salido de su confortable hogar durante dos jornadas. Ese día se cumpliría la tercera, dado que todavía era por la tarde.

Le había pedido ayuda a un compañero de armas porque no sabía cuánta oposición se encontraría por parte de Nicola, y no deseaba armar más escándalo del necesario. El teniente le cubriría las espaldas mientras él escapaba con su premio.

—Londres es el mercado matrimonial, amigo mío. ¿No sería más fácil buscar en…?

La mirada furibunda que le dio Conrad hizo que el militar dejase de hablar de inmediato.

—¿Crees que sería descabellado entrar en el edificio con nuestras pistolas en mano?

—¿Quieres acabar en la horca, Con? Porque eso es lo que sucederá en cuanto se den cuenta de lo que entras a sustraer. Habrá demasiados testigos. No tendrás tiempo de disfrutar de las atenciones de

tu dulce esposa la noche de bodas. Ashbrook mandará sobre nosotros a todos los magistrados del reino. No llegarás a Gretna Green con facilidad si no tenemos ventaja.

En honor a la verdad, el teniente conocía bien a su superior y daba gracias al cielo porque su amigo no hubiese cometido una temeridad. Conrad solía ser imprevisible. Cuando le habló de una dama y observó la luz en su mirada… El capitán era más oscuro que otra cosa, y no se atrevió a señalarle que había caído preso de un embrujo por temor a represalias. Su amigo se había cosechado fama de duro, incluso lo tildaban de desalmado. Desde que Armand fue testigo —incrédulo— del cortejo, supo que el capitán tenía otras prioridades, y las tuvo debido a ella. Así que cuando esa mañana se presentó en su casa para pedirle ayuda, no se lo pensó dos veces. Los amigos militares, además de estar para vigilarse las espaldas, figuraban para lo que necesitasen fuera de la batalla.

—Sí… no es buena idea. —Suspiró.

—Lo he investigado, el padre de tu prometida no es alguien a quien haya que contrariar.

—Lo sé bien. Yo mismo sufrí sus interminables ofensas. ¿Y recuerdas aquellos bandidos que trataron de atracarnos y matarnos cuando…?

—Perfectamente —lo interrumpió—. Salir de un antro de juego y que nos esperase una banda…

—Sospecho que no fue casualidad, Armand.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo un mal presentimiento sobre las desgracias que me persiguieron antes de regresar al regimiento. Ellos me odian. —Nunca antes eso fue tan evidente como cuando los vio observarlo días atrás con

esa cara de… ¡Lo odiaban con fuerza!

Su amigo soltó una larga carcajada.

—Te creímos maldito. ¿Ni un rasguño en el frente pero mil tropiezos en Londres?

—Te recuerdo que a ti y a mí nos mandaron de regreso a casa porque sobrevivimos a una bala. Algún rasguño sí nos hicimos.

—Sí, es así, pero debes reconocer que has sorteado más peligros en casa, como llamas a Londres, que en tierras lejanas.

—Por eso afirmo que el padre de Nicola podría estar detrás. O tal vez su hermano. No lo sé. —Sus sospechas estaban justificadas. Los dos hombres habían mostrado su desprecio en cuanto lo vieron. No aceptaban que alguien de baja alcurnia, que debió pelear por alcanzar su propia suerte, que tuvo que costearse su comisión en el ejército con el sudor de su frente, gracias a sus puños al participar en las peleas clandestinas, se creyese con derecho a reclamarla.

Su amigo se quedó en silencio y frunció el ceño para después preguntar:

—¿Qué le hiciste a la dama, Con?

—Nada malo, te lo aseguro —argumentó con sobriedad.

En respuesta a la afirmación, el teniente le palmeó la espalda en un gesto jocoso.

—Nunca es malo… nunca es malo, querido amigo… —le dijo en tono pícaro.

Él carraspeó.

—Centrémonos. ¿Qué plan propones? Si ella no sale, alguien tendrá que entrar.

—¡Mira ahí! —Armand señaló la pequeña verja de hierro que se abría y que seguramente era el pasaje por el que salía a la calle el servicio de la gran casa de Mayfair.

—¡Es la doncella de Nicola! —Se apresuró para ir en su búsqueda y la interceptó justo cuando giró la primera esquina.

Armand supo que debía quedarse para seguir haciendo guardia por si alguna dama joven salía por la puerta principal, y así lo hizo.

Conrad se colocó delante de la mujer y esperaba que la intimidación diese sus frutos. Se alzó cuan alto era y la miró con la severidad que caracterizaba sus rasgos duros. Llevaba la barba sin rasurar, porque la misión de vigilancia había ocupado la mayor parte de su tiempo. Esperaba verse como el mismísimo diablo.

—¿Me reconoces, muchacha?

—Sí, señor —dijo manteniendo las manos juntas en su regazo y la mirada baja. Él era quien cortejaba a Nicola. Mariah siempre tuvo miedo de un hombre que se veía fiero, frío y calculador, pero la mujer a la que asistía siempre le decía que no era nada como lo que parecía. No la creyó en su momento, pero no tenía más remedio que poner a prueba la fe de la hija del conde en él, porque no tenía a nadie más a quien recurrir. Una joven buena como ella no merecía lo que su familia planeaba.

—¿Dónde está ella?

—La mantienen encerrada, señor. Mi ama sufre… —desveló con los ojos empañándose—. Es buena, amable, siempre tiene palabras agradables para todo el mundo. Usted es el milagro que estaba esperando. —Él sonrió ante las palabras sinceras porque era así como recordaba a Nicola. No la mujer que lo recibió en el baile dándole la espalda.

—¿Dónde está? —repitió.

—En su habitación. Por Dios que tiene que ayudarla, señor. Se lo suplico.

—De acuerdo.

Él se dio media vuelta, se disponía a sacar el pequeño revólver que llevaba oculto en la cinturilla de los pantalones. Eso había llegado demasiado lejos. Fuese cual fuese el problema, no había nada que una bala de plomo no solucionase.

La muchacha tuvo la audacia de sujetarlo por el otro brazo a fin de frenarlo.

—Espere. No, así no. Ellos también están armados. Hay que ser más sigilosos. Esta noche. Sí —exclamó la doncella como si hubiese tenido una revelación—. Planean llevársela mañana por la mañana. Así que esta noche dejaré la puerta abierta. Entre los dos nos la llevaremos. Lo ayudaré, con una única condición.

—¿Qué puede haber más importante que salvar a la patrona que aseguras que necesita ser auxiliada? Eso debería ser suficiente recompensa.

—Oh, por supuesto que sí. Pero no puedo quedarme atrás. Esa familia… Solo prometa que pensará en darme el puesto que ocupo ahora al lado de mi ama, señor, porque soy tan prisionera como lo es

milady. Se lo suplico.

—Saquémosla de allí y luego veré qué hacer contigo.

—Gracias —le dijo con una sonrisa que él no correspondió.

Mariah consideró que posiblemente Nicola tuviese razón y tras esa fachada, tras esa armadura de hierro, sí habitase el hombre que había logrado conquistar a una muchacha dulce y sin maldad.

La doncella le explicó el plan y él aceptó los términos.

La suerte estaba echada. Conrad la haría su esposa y luego el padre y su hermano responderían por sus crímenes contra la mujer a la que amaba. Que el infierno se apiadase de ambos porque la situación comenzaba a parecerse peligrosamente a *Romeo y Julieta* del maestro Shakespeare. Una familia enfrentada, con él, aunque su relación con Nicola no duraría apenas tres días. Tampoco se sucederían seis muertes… solo dos, como mucho.

Capítulo 5

Una fuga tardía

—¿Estás seguro de que esta era la hora acordada, Con? —le preguntó por segunda vez el teniente.

—¿Quieres dejar de decir obviedades? Ya te respondí la primera vez. La doncella dijo a las diez.

—Ha pasado un cuarto de hora —apuntó, mientras guardaba el reloj de bolsillo en su lugar.

—Ten paciencia.

—¡No puedo creerlo! ¡El capitán Lewis hablando de paciencia! —exclamó, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Eres molesto, teniente. ¿No te lo han dicho antes? —refunfuñó.

Un carruaje aguardaba en el siguiente callejón, él saldría con Nicola y con la sirvienta hacia Escocia. A partir de ahí ya vería cómo actuar. Lo primero era que Nicola quedase a su amparo. El certificado de matrimonio le daría potestad sobre ella, y su padre y su hermano no

tendrían más remedio que aceptarlo.

La puerta que estaba en el lateral de la fachada se abrió y salió de allí la doncella. Se acercó y procedió a abrir la verja de hierro.

—Es bueno que haya traído refuerzos, señor —susurró.

—¿Por qué?

—Porque mis brazos no son tan fuertes como los de su compañero.

Él no entendió la referencia. No insistió. Sigilosos como un lobo acechando un corral de gallinas, los tres se adentraron en la casa y consiguieron llegar hasta la habitación de Nicola.

Se aproximó hasta la cama y, al ver que ella no se movía mientras la llamaba con suavidad, se preocupó.

—No se moleste. Solo levántenla entre su amigo y usted, y vayámonos. No sé cuánto tiempo tendremos —le dijo Mariah, a la vez que sacaba un bolso de viaje que había preparado para las dos con lo preciso.

—¿Qué le pasa?

—Láudano —le respondió la doncella al húsar.

—¿Ha estado enferma?

—No, se lo dan para que no les dé problemas.

—¿Qué le ha pasado en la mejilla? —siguió indagando. Estaba a su lado, acariciándole el pelo. Se veía pálida, marchita. Los tonos azulados y grises de esa parte del rostro se apreciaban con facilidad.

—Es evidente lo que le ha sucedido, Con, dado que supongo que tu dama no ha sido nunca torpe para tropezarse y caer —habló el teniente—. No preguntes más, solo lograrás prender tu ira y no será bueno para nuestros planes que pidas justicia cuando todavía ella le pertenece al padre. Hay que seguir con lo estipulado —recomendó con firmeza.

Armand ya se había dado cuenta del morado que estaba comenzando a desaparecer, pero que se apreciaba con facilidad.

—Su amigo tiene razón —dijo con suavidad Mariah.

—Pagarán por esto —aseguró. No sabía cuándo, pero lo harían. Nadie dañaba lo que era suyo.

Se tragó toda la amargura y la rabia que sentía y la tomó en sus brazos. Armand se prestó a ayudarlo, pero un gruñido sirvió para indicarle que no la tocase. Ese era el capitán Lewis. Después de todo su dama no lo había cambiado tanto…

El teniente le colocó una manta a Nicola por encima y los cuatro se dispusieron a huir entre las sombras.

Llegaron fuera con facilidad. Armand los acompañó hasta el carruaje y se despidió. Los otros tres se introdujeron en el vehículo. Conrad no estaba dispuesto a soltarla. La acomodó en el regazo y suspiró.

—¿Por qué la dejó atrás si es evidente que la ama, señor? —Mariah se tapó la boca en el instante en el que se dio cuenta de que había hecho la pregunta en alto.

Él la miró impasible.

—Porque no creí que fuera un hombre capaz de replegarme a los deseos de nadie, y su patrona siempre lo logra. —Esa carta en la que

le pedía que esperasen para no huir…

—¿Qué quiere decir?

—No la abandoné.

—¿No la abandonó? —repitió con un susurro, interrogativa.

—Nunca le haría eso. Nicola selló su destino cuando proclamó su amor por mí. Es mía —sentenció sin dudas.

—Pero usted no apareció el día en el que las dos preparamos una maleta, no más grande que la que he dejado atrás, señor.

Él suspiró. Le dio un beso en la frente.

—Es algo que tengo que aclararle. Comienzo a sospechar lo que sucedió, y no me equivocaré al afirmar que le proporcionaré material suficiente a Alexandre Dumas para que saque una segunda versión de *El conde de Montecristo*… —alegó con enfado.

***

Nicola abrió los ojos. Una habitación extraña. La luz le molestó, y eso que no era fuerte. Cerró los párpados de inmediato. Estaba tumbada en una cama, eso sí lo sabía. Alguien se movió a su lado. Sintió el peso de un bulto cerca, luego una mano la sostenía por la cintura y la obligaba a aproximarse a un duro pecho.

Trató de volver a abrir los ojos. Estaba aterrada. ¿Quién

estaba con ella?

Cuando por fin sus orbes de color miel descubrieron la visión que tenía enfrente sonrió complacida. Su capitán estaba tendido a su lado, dormía plácidamente. Debería darle un manotazo por el sobresalto que le acababa de dar.

—¿Dónde estamos? —preguntó con el corazón rebosante.

—Estoy dormido. Duerme, Nicola, es demasiado pronto y estoy cansado.

Habían parado en una posada, pues le sacaban muchísima ventaja a los que pudieran seguirlos, aunque el militar dudaba que se atreviesen a imponerse a él.

—Estás despierto, Con. Dime dónde estamos —repitió.

—Vamos camino de Gretna Green.

Ella asintió y comprendió sus planes.

—¿Qué pasó meses atrás, Con? Lo habíamos planificado y no apareciste.

Él abrió los ojos y la miró con esa severidad que ella había apreciado tantas veces, pues tras su dureza había descubierto a un hombre capaz de ser algo más cuando estaba en su compañía.

—Te lo dije, me llegó una carta en la que me pedías esperar.

—No escribí nada.

—Lo supuse, Nicola. E imagino que tampoco te entregaron

la mía.

—No.

—¿Tienes algún impedimento para convertirte en mi esposa ahora?

—Ninguno. Solo jura que no volverás a irte y seré tuya, tanto como confío en que tú serás mío.

—¿Qué otra mujer sería capaz de templar mi temperamento, Nicola? —razonó con sobriedad. Ella sabía que no estaba bromeando. De igual modo le sonrió satisfecha por la respuesta.

—¿Cuántos días han pasado desde que nos vimos en el baile, Con?

—Hoy hará cuatro.

Ella comprendió que la habían sometido con láudano o alguna medicina similar. Recordaba algún retal de lo que se conversaba en su presencia… algo sobre venderla. Tragó saliva.

—Mi padre y mi hermano… dime que no les has hecho daño.

Él era capaz de eso y más con el fin de protegerla.

—No… todavía. —La hija del conde sabía la clase de hombre que era. La violencia había resultado su forma de vida durante mucho tiempo. Conrad no se amilanaba nunca.

—Promete que no los lastimarás.

—No.

—Con, por favor…

—Pide otra cosa. Exige que te baje la luna y me ataré una cuerda a la cintura dispuesto a traértela, querida mía. Podría ser capaz.

Ella suspiró.

—¿Cómo has conseguido rescatarme?

—Tu doncella me abrió la puerta y te robé en medio de la noche —dijo con orgullo. Ella le sonrió.

—¿Cuánto falta para que lleguemos a nuestro destino?

—En cuanto estés bien, proseguiremos con el viaje. Esa sirvienta tuya…

—Mariah —le señaló el nombre.

—¿Vas a quedártela?

—No es un mueble.

—No, eso es cierto. Una silla no sería tan molesta.

—¿Qué te ha hecho para que te muestres enfurruñado, además de ayudarte?

—Se interpuso en mi camino anoche.

—¿Cómo pudo hacerlo, si tú le doblas en tamaño?

Él sonrió de lado.

—Eso le hice observar. No le importó, dijo que no era correcto que durmiese con mi prometida.

—No es decente que…

—Hemos traspasado los límites demasiadas veces, Nicola —la interrumpió.

—Y aun así soy una mujer intacta.

—A la que tu padre iba a vender como si fuese menos que una yegua de cría —sentenció cargado de furia.

—¿Te lo ha contado Mariah?

—¿Tú lo sabías? —preguntó con sorpresa.

—Estaba la mayor parte del tiempo inconsciente, pero escuché algo así. Creí que me enviaría a un convento, era la amenaza que Ashbrook repetía una y otra vez desde que te fuiste. Aunque secretamente esperaba que mi capitán de brillante armadura me rescatase.

—Y lo hice —apuntó satisfecho.

—Promete que no les harás daño, Con.

—¿Quién te puso la mano encima, Nicola? El que no te tocó vivirá. Esa es la única promesa que lograrás de mí.

—Con… Ahora que te he encontrado de nuevo, no quiero perderte. Una vez que nos casemos no podrán hacer nada para evitarlo. Seré tu problema… —le dijo con una cálida sonrisa.

—Eres mi bendición, no lo olvides. Me lamentaré toda la vida por haberme ido sin asegurarme de tu bienestar. Me disgusté mucho con la misiva que al fin sé que no escribiste, así que me fui porque nos llamaron a todos para embarcar sin demora y no pude hablar contigo. Mientras quede un resquicio de vida en mi ser, te juro, Nicola, que nadie volverá a hacerte daño. Quien ose tocarte, perderá la mano. No me importa si es un noble, un mendigo o el mismísimo Napoleón resucitado.

Ella supo que no estaba bromeando. Nunca jugaba cuando se trataba de su seguridad.

—¿Me quieres, Con?

—Siempre.

—Entonces anticipa tus votos y hazme recordar lo que era que me tocases, encontrar refugio en tus brazos.

—Me prometí que no te tendría hasta que fueses mi esposa, Nicola.

—Has dicho que me amas.

—Siempre —repitió todavía más enérgico.

—Hazme el amor, capitán.

—Estás débil y no sabes lo que…

—Eres mi cura para lo que adolezco. Sé que serás gentil y yo… te necesito, Con. Estoy en tu cama y tienes que borrar lo que he vivido en los últimos días. Saber que mi propia familia… No, ya nada me une a ellos, tú eres todo lo que necesito para vivir.

—Serás mi perdición, querida mía —apuntó, al tiempo que se movía para desembarazarse de la estúpida camisa de dormir que le prometió a la doncella que se colocaría… ¡Como si una pieza de ropa pudiese proteger la virtud de una mujer!

Luego se situó encima de su prometida con mucha delicadeza.

Conrad procedió a buscar sus labios y la besó con ternura, con un gesto que hizo que ella se estremeciera. Estaba a salvo. Él podía parecer un demonio, con ese pelo oscuro, su mirada severa, su piel algo más bronceada de lo socialmente establecido… pero era un ángel. Un emisario de Dios enviado para salvarla de las garras del mal.

—Te amo tanto…

—El mundo podrá arder, Nicola. Al infierno con todo mientras tú estés a mi lado. Nada más importa. Héroe para la Corona, villano para el enemigo. Seré lo que deba ser solo para protegerte sin atender a las consecuencias. Es la promesa que te hace un hombre enamorado que no creyó tener corazón.

—Pero lo hay. —Ella llevó la mano hacia su pecho para sentir sus latidos.

—Y solo por ti late.

—Hazme tuya, porque a nadie más quiero pertenecerle.

—Y yo seré tuyo, más que antes si eso es posible. Por toda la eternidad.

Conrad llevó una mano hasta su feminidad para palparla. Estaba mojada. Esa era Nicola, una mujer inocente que respondía

maravillosamente a su toque.

Movió los dedos como sabía que ella necesitaba. Gimió en respuesta. Antes era imprescindible hacerla gritar su éxtasis para después reclamarla.

—Con…

—Sabes lo que preciso. Es como siempre, querida mía. Tienes que gritar tu liberación porque te lo exijo, yo me tragaré tu placer. Dame lo que necesito y luego te tendré.

—Con…, esto… —Un roce y la ponía al límite.

—Lo sé, Nicola, dame lo que sabes que espero. No tardes, necesito profanarte. Ardo en deseos desde hace demasiados meses.

—¡Ah! —exclamó, cuando sintió un dedo en su interior mientras otra falange la complacía en ese nudo de carne tan maravilloso, cuyo poder de liberación él le había mostrado.

—Más alto, Nicola. Quiero que toda la posada sepa que eres mía. Que te hago el amor. ¡Más, Nicola!

—¡Aaaaaaaaaaah! —Sus palabras siempre resultaban incendiarias. Tanto como el modo de tocarla, ya fuera con los dedos o su boca.

—Lo sé. Entiendo que añoras mis labios cubriendo tu intimidad. Mi lengua sobre tus pechos… Habrá tiempo para esos juegos. Ahora es momento de que me des paz. No pensaba tomarte como mi esposa hasta que alguien bendijese la unión. Será un herrero frente a un yunque, no pasa nada. Pero saber que me lo has suplicado… Tú me lo has pedido y al fin sabré lo que es estar conectado a ti. ¿Lista?

—Llevo mucho tiempo aguardando esto, Con. Confieso que casi tanto como tú.

Se quedó apoyado una vez más sobre su codo izquierdo y su mano derecha sujetó su virilidad. Apoyó la cabeza de su hombría en su entrada.

—Lo haré lo mejor que pueda. Iré poco a poco, aunque no podré evitarte el dolor. Lo siento.

—Gustosa te doy la bienvenida en mi cuerpo, porque en mi corazón eres mío desde que te conocí.

Él asintió, se acercó a su oreja y comenzó a infundirle ánimos. Le decía lo bien que lo hacía… hasta que poco después Conrad conquistó la tierra prometida. Se hundió hasta la empuñadura.

Suya.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Has sufrido mucho, querida mía, así que esto va a ser muy rápido. No me lo tomes en consideración, dado que soy capaz de tenerte a mi merced durante horas, así que esto lo hago por tu comodidad. Te prometo que te resarciré. —Ella asintió, pese a no comprender muy bien sus palabras.

Comenzó a mecer las caderas. Hacía tanto tiempo que no se complacía, que ella no lo ayudaba a disfrutar… Unas pocas sacudidas más y al fin gritó su liberación.

Nicola sintió que algo cálido regaba su interior y sonrió.

Unidos al fin. Era suya. Con era suyo.

Solo quedaba ponerlo por escrito…

Se durmió con una sonrisa en los labios y el capitán la dejó descansar. En cuanto se despertase la haría comer un suculento desayuno. Su dama tenía que recuperar fuerzas, especialmente porque él se las consumiría todas… en breve.

Epílogo

Un dulce comienzo

Meses más tarde.

—¿Ya está? —preguntó ella, en cuanto su esposo desmontó.

—Tengo lo que fui a buscar a Londres y ha sido fácil conseguirlo —le señaló Conrad, después de darle un beso en la frente.

Los señores Lewis se habían establecido en una amplia casa a las afueras de la ciudad. No precisaban de fiestas, contactos, ni del bullicio de la sociedad para ser felices.

La pareja estaba frente a la entrada. Ella lo había visto cabalgar desde la ventana y salió a toda prisa para recibirlo. Un mozo de cuadras estaba llevándose al semental al establo para ocuparse de él.

Conrad regresaba a casa tras cumplir su venganza. Había comprado todas las deudas de Ashbrook y su hijo. El dinero invertido bien valía la pena. El teniente tenía ojo para los negocios y lo había contratado como su administrador. Estaban ganando una fortuna con el ferrocarril.

—No me lo cuentes, te lo suplico. —Cerró los ojos con

congoja cuando él le mostró lo que supuso que eran un montón de pagarés. Ella se aferró al cuerpo masculino en busca de un abrazo.

—Eres la mujer más buena que conozco, querida mía. Después de todo el mal que planeaban contra ti, y todavía sientes remordimientos con respecto a mi proceder. —Era un alma demasiado cándida. No estaba seguro ni de merecerla él mismo.

—Es mi familia, Con. El hombre que me dio la vida.

—Está bien. Es tu padre y tal vez pueda aceptar que le debes la existencia. ¿Qué hay de tu hermano? ¿Qué lealtad merece cuando no te protegió? Los dos hombres que debieron cuidarte hicieron todo lo contrario, porque me odiaron en cuanto me vieron y no soportaron que pudieses aceptarme.

—Pero todo salió bien, amor mío. Viniste a por mí. Me salvaste, como supe que harías.

Conrad la separó de su abrazo y la miró a los ojos.

—Pudieron surgir muchas cosas mal, no soy infalible, querida mía.

Ella negó con la cabeza.

—Yo siempre tendré fe en ti. Solo una vez no la tuve, y jamás volverá a suceder.

—Una mirada tuya y me tienes subyugado. Mis oficiales estarían avergonzados de mí. —Suspiró—. ¿Qué quieres que haga con ellos? —Volvió a mostrarle los pagarés—. He disfrutado cuando he ido a casa de tu padre y se los he mostrado. Lo mismo ha sucedido cuando pasé por la residencia de tu hermano. Ambos son conscientes de que lo que

quedaba de la fortuna de la esposa de James está en mis manos. Puedo destruirlos, Nicola. Solo tienes que darme la orden y lo haré.

—Entiendo la clase de hombre que eres. Tus ideales se forjaron al amparo del código babilonio de Hammurabi.

—«El ojo por ojo» me pareció siempre un buen principio, no lo niego. Es justo y actúa en consecuencia de quien obra mal.

—Es mi padre… es mi hermano…, Con… —musitó, como si estuviese rezando una plegaria.

—Ofréceme una sonrisa, esposa, y haré lo que desees. Los quemaré en las brasas si quieres, aunque tu padre seguirá viviendo con miedo el resto de sus días y eso me tendrá que bastar. Tu hermano correrá la misma suerte. Es todo lo que estoy dispuesto a conceder.

Ella le sonrió llena de emoción.

—Te amo, Con. Te quiero cada día más. Eres bueno, duro, lo sé, pero hay ternura en tu ser.

—La única ternura que existe en mi vida la tengo frente a mí. Solo tú conocerás el hombre que hay más allá de estas manos, de estos brazos —levantó ambas partes de su cuerpo para exponer su punto—, que pelearon para salvarse a sí mismo.

—Confío en que a tu hijo también le permitas conocer esa faceta tuya… —Nicola le tomó la mano que su marido tenía libre y se la llevó al vientre.

—¡Nicola! —Cayó de rodillas y se aferró a su esposa. La mejilla de Con quedó apoyada justo en su incipiente barriga—. Tan fiero como soy, tan duro de corazón como mi padre me enseñó a ser, y una

mirada tuya me ablandó para siempre. Mi familia… mi hijo o hija… No puedo pedir más. Este soldado obtiene al fin una recompensa completa.

Fin.

Todos los libros de

Verónica Mengual por orden

Por si queréis tener una lista de mis libros, os la dejo por aquí. Debo recordaros que todos las historias son autococlusivas y no es necesario leerlas en orden:

Serie Corazones Rotos

1) Seduciendo a un caballero

2) Corrompiendo a un lord

3) Sanando a un canalla

4) No quiero, lord Harding (en preventa)

5) Enamorando a un disoluto (en preventa)

Serie Reinas de Corazones:

1) A un suspiro de ti

2) A un beso de ti

3) A una caricia de ti

4) A un abrazo de ti

5) A un tormento de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline

3) Una institutriz para el vizconde Portman

4) Una Navidad para los duques de York

5) Una prometida para el duque de Phenton

6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:

1) Lady Briana y el coronel

2) Lady Angela y el conde

3) Lady Elisabeth y el capitán

4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):

1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía)

2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse

3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:

1) Rosemary, una institutriz soñadora

2) Philomena, una institutriz desdichada

3) Marianne, una institutriz realista

4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A. S. Lefebre):

1) Una pupila inesperada

2) Una prometida inesperada

3) Una candidata inesperada

4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):

1) Un esposo inconveniente

2) Un amor inconveniente

3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:

Entre el deber y la pasión

Una segunda oportunidad para amar

Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea:

Club Inhibiciones (Romance erótico)

¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1